

## La íntima alteridad del cuerpo en la filosofía de Jean-Luc Nancy

A propósito de Francesca R. Recchia Luciani,  
*Jean-Luc Nancy. Il corpo pensato*, Milán, Feltrinelli, 2022, 224 pp.

Laura Sanò  
Università di Padova 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.98368>

“*Hoc est enim corpus meum*”<sup>1</sup>: este es mi cuerpo. Pero ¿qué significa realmente esta afirmación? ¿Qué realidad perceptiva y pensante define de manera auténtica mi corporeidad? ¿Cómo puedo comprender mi identidad física, mi presencia en el espacio como individuo singular en relación con otros cuerpos? ¿Es mi cuerpo algo que me pertenece o soy yo mismo mi cuerpo? ¿Podría ser mi cuerpo una entidad ajena, o representa, en cambio, el límite infranqueable de mi identidad más profunda?

Estas son algunas de las preguntas en las que Francesca R. Recchia Luciani se detiene en un denso ensayo titulado *Jean-Luc Nancy. Il corpo pensato*<sup>2</sup>. En el texto, dedicado al pensamiento del filósofo de Estrasburgo, fallecido el 23 de agosto de 2021, la autora nos invita a reflexionar sobre cuestiones cuya fuerza filosófica desafía sistemas conceptuales que, aunque aparentemente cercanos a nosotros, nos encuentran desprevenidos. Conceptos como “corporeidad”, “identidad”, “extrañeza”, “hospitalidad”, “relación” y “libertad” son replanteados. En su diálogo con Nancy, Recchia Luciani entrelaza un recorrido a lo largo de los senderos más tortuosos, pero a la vez más significativos, de un pensamiento que ha sabido enfrentarse a temáticas a menudo contracorriente e incómodas. Es una reflexión que pone el acento en cuestiones ético-políticas, antes que filosóficas, y que busca observar constantemente la actualidad histórica en la que vivimos y pensamos.

El constante esfuerzo de Jean-Luc Nancy por nutrir su pensamiento mediante una práctica deconstructiva, arraigada en sus experiencias personales, ha generado una escritura rica y vibrante, que refleja un recorrido especulativo de extraordinaria autenticidad. Entre los temas que atraviesan su

obra, el del *cuerpo* destaca como un hilo conductor de gran relevancia.

Siguiendo la lógica de la práctica deconstructiva, Nancy articula su análisis en un doble movimiento. En primer lugar, realiza una inversión destinada a revelar la complejidad de un concepto que no puede ser reducido a una solución unívoca ni encerrado en un sistema cerrado. Cualquier pretensión de definir de manera definitiva un horizonte conceptual es rechazada, dejando al sujeto investigado en un estado de constante apertura. Desde esta perspectiva, Nancy busca dismantlar los fundamentos de la “ontología clásica de la corporeidad”, subvirtiéndolos prejuicios y dualismos tradicionales, tales como el de alma y cuerpo, interioridad y exterioridad.

En una segunda fase, el filósofo nos guía hacia la construcción de una nueva concepción de la identidad corporal, de la cual surge una *filosofía del cuerpo pensado* – tal como subraya Recchia Luciani ya desde la elección del título de su libro<sup>3</sup> – que se convierte en el lugar privilegiado de una continua creación y reinterpretación del sentido. *Pensar el cuerpo propio* significa, en primer lugar, emprender un camino complejo, a veces desconcertante, como el de “pasar por la borda mientras se permanece en la cubierta”<sup>4</sup>, debe saber enfrentarse a la fragmentación inesperada de su propia identidad. Es la experiencia límite narrada por el filósofo francés al enterarse, a los cincuenta años, de que debe someterse a un trasplante de corazón. Es, en efecto, la percepción *perturbadora* que surge del desconcierto de quien, de repente, en el silencio de su inviolable corporeidad, se ve obligado a convivir con el latido extraño de un *intruso*<sup>5</sup>, de un corazón que, aunque palpita con vida, precisamente por ser extranjero, se niega a ser “hospedado” (generando, como consecuencia, una espiral de complicaciones oncológicas – también intrusas – derivadas

<sup>1</sup> J.-L. Nancy, *Corpus*, trad. de P. Bulnes, Madrid, Arena, 2010, p. 9.

<sup>2</sup> F. R. Recchia Luciani, *Jean-Luc Nancy. Il corpo pensato* Milán, Feltrinelli, 2022.

<sup>3</sup> F. R. Recchia Luciani, *Jean-Luc Nancy. Il corpo pensato*, op. cit.

<sup>4</sup> J.-L. Nancy, *El intruso*, trad. de M. Martínez, Buenos Aires-Madrid, Amorrortu editores, 2006, p. 16.

<sup>5</sup> Como indica precisamente el título del ensayo *El intruso*, op. cit.

de las terapias inmunosupresoras).<sup>6</sup> Toda la intimidad queda entonces trastocada, y este “encuentro con la alteridad, sobre todo si es inimaginada e inesperada, [...] en cuanto no autóctona ni familiar, produce un shock general que reverbera en todo el ser”<sup>7</sup>, explica Recchia Luciani en páginas sumamente penetrantes.

De este *desconcierto* somos testigos cuando toda certeza se ve trastornada, “hecha astillas”, y nada parece ser como antes. No se reconoce “nada más propio, nada más ajeno a nuestro viejo mundo. Cuerpo propio, cuerpo extraño”<sup>8</sup>, Los órganos internos de nuestro cuerpo “nunca son realmente percibidos, y paradójicamente, es precisamente el corazón, con su latido ininterrumpido, el único que emite una pulsación perceptible, el único que se hace sentir”<sup>9</sup>. El evento traumático, vivido en carne propia, derivado de la intrusión de un órgano extraño, hace estallar de forma abrupta cualquier frontera entre el adentro y el afuera, entre lo íntimo y lo extraño. No se trata de un órgano cualquiera, puesto que el corazón es el centro motor y propulsor de la savia vital para todas las demás partes del cuerpo, además de ser simbólicamente el custodio de los sentimientos, la sede protegida de la propia memoria — el verbo *recordar* deriva etimológicamente del verbo latino *recordari*, que a su vez proviene del sustantivo *cōr* (corazón) — y el único capaz de hacerse “escuchar” a través de los meandros más ocultos de la propia intimidad.

Perdida su unidad, violado y fracturado, el cuerpo se ve entonces obligado a reescribirse y a hablar de sí mismo mediante nuevas categorías. El “cuerpo propio” se convierte así en un lugar desconcertante, una *superabundancia* de significado donde lo *proprium* coincide con su propia intraducibilidad. Lo *proprium*, como límite infranqueable, necesita, sin embargo, reconocer en sí mismo a ese “extraño en sentido absoluto, alteridad desconocida, inalcanzable porque siempre está deslocalizada en un lugar donde la corporeidad no se manifiesta, no puede ser aprehendida y permanece inasible”<sup>10</sup>. No es tanto el

“extraño” el que tiene un aura de amenaza o agresión, sino el propio “cuerpo”: este, que antes era fuerte y autosuficiente, de repente se descubre vulnerable a la intrusión.

Al nombrar al *extranjero*, lo *proprium* se encuentra perdido en una “angustia desnuda” — una desnudez que siempre es revelada y reveladora<sup>11</sup> — en un sentimiento de inquietud, en cuyo umbral parece que toda la identidad vacila y se desmorona silenciosamente: el cuerpo — escribe Nancy — “es nuestra angustia puesta al desnudo”<sup>12</sup>.

Por otra parte, en su texto titulado *Lo ominoso* (*Das Unheimliche*), Freud, un autor muy apreciado por Nancy, describió con claridad ese sentimiento de angustia que se desarrolla cuando nos damos cuenta de que en la intimidad de nuestra propia casa (*Heim*), y no fuera o en contra de ella, albergamos la no-casa (*un-Heim*). Es decir, cuando reconocemos que precisamente el extranjero, aquello que considerábamos ajeno, está entre nosotros, con nosotros, nos habita. Cabe destacar que *xenos*, el término griego que designa al extranjero, es para Freud el único capaz de traducir la ambivalencia de lo *Unheimliche*<sup>13</sup>. El encuentro con lo ominoso tiene lugar en el ámbito de lo *proprium*, que de repente se revela atacado por aquello que, por su propia naturaleza, debería excluir: lo extraño, lo exterior, lo desconocido, lo otro. El yo descubre, de repente, que ya no es dueño de su propia casa — una casa que, por lo tanto, ha perdido sus límites —, y que ya no puede permanecer anclado en sí mismo, en su impenetrable seguridad, en sus firmes certezas.

La *angustia* surge, entonces, del desamparo en el que nos encontramos cuando descubrimos que habitamos una “casa-no-casa”, sin que se nos permita alejarnos de ella, pero tampoco dominarla<sup>14</sup>.

Perturbador en todos los sentidos es el descubrimiento que nos toma siempre desprevenidos cuando nos damos cuenta de que no existe una oposición absoluta entre “casa” y “no-casa”. Pero, sobre todo, es *perturbador* ser consciente de que todo lo que normalmente consideramos familiar, y por lo tanto reconfortante y amistoso, puede manifestarse como amenazante y hostil; es decir, cuando sentimos que precisamente de la “casa”, y no de lo que le es ajeno, proviene la amenaza que nos acecha<sup>15</sup>.

Uno se siente “*desubicado*”, subraya Martin Heidegger en *Ser y tiempo*, recurriendo a la misma terminología, cuando el *Dasein*, con *angustia*,

<sup>6</sup> Su propio cuerpo se convierte, por lo tanto, en un cuerpo extraño y ajeno a sí mismo, como consecuencia de dos dolorosas experiencias que Nancy tuvo que vivir en primera persona: la del tumor (la célula cancerosa que socava el organismo desde dentro, cuya procedencia exacta aún se desconoce) y, sobre todo, la del trasplante de corazón.

<sup>7</sup> F. R. Recchia Luciani, *Jean-Luc Nancy. Il corpo pensato*, op. cit., p. 17.

<sup>8</sup> J-L. Nancy, *Corpus*, op. cit., p. 10. Escribe Nancy: “No es que me hayan abierto, hendido, para cambiarme el corazón. Es que esta hendidura no puede volver a cerrarse. [...] Estoy abierto cerrado. Hay allí una abertura por la cual pasa un flujo incesante de ajenidad: los inmunodepresores, los otros medicamentos destinados a combatir algunos de los llamados efectos secundarios, los efectos que no se sabe combatir (como la degradación de los riñones), los controles renovados, toda la existencia colocada en un nuevo registro, barrida de lado a lado. La vida explorada y trasladada a múltiples registros en los que cada uno inscribe otras posibilidades de muerte. De este modo, yo mismo me convierto en mi intruso, de todas esas maneras acumuladas y opuestas. Lo siento con precisión, es mucho más fuerte que una sensación: la ajenidad de mi propia identidad, que, sin embargo, siempre me fue tan viva, nunca me tocó con esta acuidad. «Yo» se convirtió claramente en el índice formal de un encadenamiento inverificable e impalpable. Entre yo y yo, siempre hubo espacio-tiempo: pero hoy existe la abertura de una incisión y lo irreconciliable de una inmunidad contrariada” (*El intruso*, op. cit., pp. 36-37).

<sup>9</sup> F. R. Recchia Luciani, *Il corpo pensato*, op. cit., p. 19.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>11</sup> Cf. *ibidem*, pp. 148 ss.

<sup>12</sup> J-L. Nancy, *Corpus*, op. cit., p. 12.

<sup>13</sup> Solo en el griego clásico, explica Freud, es posible encontrar un término que corresponda exactamente a la polisemia de *Unheimlich*, y es el concepto de *xenos*. De ello se desprende que todo lo relacionado con el término *Unheimlich* —en cuanto a su inquietante proximidad, su lejanía cercana, su ausencia presente— debe referirse al término con el cual, en la antigua Grecia, se aludía al extranjero (cf. S. Freud, *Lo ominoso*, en *Obras Completas*, vol. XVII, Madrid; Biblioteca Nueva, 1973; otra edición: *Lo siniestro* (*Das Unheimliche*), trad. de Luis López Ballesteros, Madrid, Alianza Editorial, 2006).

<sup>14</sup> Sobre el concepto de desubicación, cf. G. Berto, *Freud, Heidegger. Lo spaesamento*, Milán, Bompiani, 1998; ver pp. 6 ss. Véase además J. Derrida, en particular *Espectros de Marx*, trad. de J. M. Alarcón y C. de Peretti, Madrid, Trotta, 1995 pp. 50 ss.

<sup>15</sup> Cf. U. Curi, *Straniero*, Milano, Raffaello Cortina Editore, 2010, p. 51.

descubre que aquella casa en la que antes habitaba, en la que residía habitualmente, aquella casa familiar y conocida, ahora se convierte en algo extraño e inquietante, algo desconocido, un (*no*) lugar. El *desconcierto* (*Unheimlichkeit*) generado por la angustia es siempre algo que irrumpe: nunca es proyectado, deseado o preparado por nosotros mismos. Cuando “la tranquilizadora seguridad de sí mismo” se disuelve, todo el mundo, interno y externo, parece derrumbarse de repente, y nuestro ser es arrastrado a un lugar que ya no reconocemos como doméstico. Cuando se habla de *desconcierto*, según Heidegger, se hace referencia a esa situación emocional que corresponde al *no sentirse en casa*:<sup>16</sup> “en la angustia uno se siente desubicado. [...] La familiaridad cotidiana se disuelve. El *Dasein* permanece aislado, pero no obstante como ser-en-el-mundo. El estar-en adopta el modo existencial de no sentirse en casa. A nada más se alude cuando se habla de desubicación”<sup>17</sup>.

La paradoja surge cuando ese extranjero cuya intrusión se denuncia – el “intruso me expone excesivamente. Me extrude, me exporta, me expropia”<sup>18</sup> – llega a ser reconocido como un órgano *vital*, indispensable para la propia supervivencia, para la salud de mi propia “casa”. De aquí, en el caso de Nancy, la desconcertante realización de una *identidad auto-extrañada*: “yo mismo me convierto en mi intruso”<sup>19</sup>. El “intruso está en mí, y me convierto en extranjero para mí mismo”<sup>20</sup>. Lo *Unheimischsein*, el no-ser-familiar, la *desubicación*, está en mí, soy yo. Una experiencia que nace de una intrusión y, al mismo tiempo, de una pérdida: la pérdida de la propia ipseidad preconstituida, íntima y familiar, que es rechazada, arrojada de repente y con fuerza a una nueva realidad inquietante.

Lo que podría haber sido una experiencia de pérdida liminal se configura, sin embargo, como una oportunidad para una definición de sí mismo mucho más rica y articulada. La extraordinariedad de esa situación desconcertante se revela, de hecho, como el presupuesto sobre el cual reformular una nueva ontología del cuerpo: a partir de la *vulnerabilidad* que nos caracteriza como seres vivos; a partir, sobre todo, de la constatación de la fragilidad estructural que subyace en un cuerpo cuando, inevitablemente, se ve llamado a *nombrar al extranjero como una sustancia vital para sí mismo*.

Si se comprende debidamente en su constitutiva ambivalencia, el *extranjero* puede convertirse en una *herramienta* indispensable para la superación

de una situación de deficiencia y enfermedad. A pesar de su *hostilidad*, resulta esencial para la definición de mi propia identidad, ya que esta última no puede entenderse como un “dato” del cual partir, sino más bien como el producto de un proceso mediante el cual, a través de la relación con el otro, se llega también a reconocerse a sí mismo. Por esta razón, el estar en casa en lo *proprium* se convierte en una realidad que solo se conquista a través de la experiencia de la otredad. Lo *Heimischsein* – el sentirse en casa consigo mismo – se revela, en definitiva, como la meta de un largo y arduo recorrido a través de una extrañeza – enemiga y vital al mismo tiempo – co-originaria de mi propio ser.

El extranjero se convierte, entonces, en aquel que puede otorgarme el don de mi identidad, enriqueciendo mi ser – aquello que soy –, precisamente porque también me es irreductiblemente enemigo. En su constitutiva duplicidad, el extranjero permite el reconocimiento de una específica ipseidad, gracias, y sobre todo, a la máxima divergencia que surge del encuentro entre el yo y el otro. Lo que, en otros términos, permite reconocerse en mi *proprium* es lo mismo que me amenaza en mi intento de conservarlo. Con una necesaria aclaración: en el concepto de extranjero nunca puede haber un tránsito lineal de un significado al otro, de manera tal que se disuelva, de una vez por todas, la ambivalencia originaria. En ningún momento, en ninguna fase del proceso de “con-tacto”, el extranjero deja de ser potencialmente también enemigo. La relación con la otredad implica entonces que siempre se deba estar preparado para reconocer en ella también la intrusión enemiga, sin que nunca puedan superarse los dos aspectos. Constitutivamente ambivalente, el extranjero está siempre cerca y lejos, dentro y fuera, es familiar y extraño, es un don y una amenaza, y uno lo es precisamente en cuanto es otro.

La filosofía deconstructiva del cuerpo de Nancy aspira, en verdad, a ser una reflexión profunda sobre el sentido de este límite, de este espaciamento irreductible entre lo íntimo y lo exterior, entre la amistad y la hostilidad, que tiene su origen en el encuentro experiencial con una extrañeza que, aunque habla de mi cuerpo, no deja de serme intrusiva y extranjera al mismo tiempo. El cuerpo representa nuestra misma extrañeza, constantemente expuesto a la mutación y a la invasión de un posible “otro”, que también es enemigo. Somos testigos de esta vulnerabilidad cuando, de repente, percibimos en nosotros las vibraciones generadas por la intrusión de una alteridad inesperada, ya que el intruso “se introduce por fuerza, por sorpresa o por astucia; en todo caso, sin derecho y sin haber sido admitido de antemano. Es indispensable que en el extranjero haya algo del intruso, pues sin ello pierde su ajenidad”<sup>21</sup>.

El *extranjero* es, en sí mismo, ambivalente; es la ambivalencia misma. No puedo experimentar su presencia, su llegada, sino como una amenaza. Pero al mismo tiempo siento que esa amenaza, aunque ineliminable, es fecunda para mí, “me otorga algo que, aunque inconscientemente, he estado esperando durante mucho tiempo, y de lo cual no

<sup>16</sup> Cf. M. Heidegger, *Ser y tiempo*, trad. de J. Gaos, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2003, 14ª edición, p. 189. In *Introducción a la metafísica* (trad. esp. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Barcelona, Editorial Gedisa, 2000) Heidegger utilizará el mismo término para indicar la contradictoriedad trágica del ser, mientras que, en los textos dedicados a Hölderlin (*La poesía de Hölderlin*, trad. esp. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Barcelona, Editorial Destino, 1994), lo usará para señalar la extrañeza de lo propio, expresión de una “catástrofe” que surge del desajuste entre morada y familiaridad. Véase, entre otros, G. Gregorio, “Heidegger e Hölderlin: la Wanderschaft quale essenza del proprio”, in F. Cattaneo, A. Giacomelli, R. Marafioti (eds.), *Heidegger e i poeti*, Paradosso, Padua, Il Poligrafo, I/2022, pp. 159-176.

<sup>17</sup> M. Heidegger, *Ser y tiempo*, op. cit., p. 189.

<sup>18</sup> J.-L. Nancy, *El intruso*, op. cit., p. 43.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 11.

podría prescindir. Puedo rechazarlo — ciertamente — en cuanto es amenaza. Pero al mismo tiempo, si me dispongo a hacerlo, percibo también un profundo e irremediable empobrecimiento en mí<sup>22</sup>. No solo eso. Ese extranjero puede ser la herramienta necesaria para mi propia vida.

De la experiencia *desconcertante* de una identidad corporal amenazada surge, por tanto, una repensada — deconstruida y reconstruida — ontología de la corporeidad, de la cual Nancy pretende resaltar y valorar los márgenes, los vacíos, las fracturas, las discontinuidades. Una estrategia dirigida a la aniquilación de un concepto de corporeidad que todo lo “identifica” (reduce a identidad), que todo lo absorbe en sí mismo, que todo lo moldea a su imagen, y donde, por el contrario, lo que se reivindica como fundamento constitutivo es, ante todo, el valor de la otredad, a pesar de su ambivalencia, de su pluralidad y diferencia. De ello se deriva la urgencia de una profunda reconsideración del significado de “identidad corporal”, a partir de una reflexión que sepa captar plenamente la trama de una “existencia encarnada” constitutivamente abierta, expuesta, vulnerable. A partir, sobre todo, de la experiencia de la extrañeza, que es “la conciencia de la imposibilidad de la persistencia de lo idéntico que desafía la habitual oposición de categorías como interno/externo o sujeto/objeto”<sup>23</sup>. A partir de un *corpus*, por lo tanto, ontológicamente sometido a una exposición infinita, destinado a romperse y ser violado, no ya como organismo unitario y armónico, sino como un

conjunto de partes que, en primer lugar, sigue siendo extraño a sí mismo.

Perdida su inviolabilidad, el cuerpo se reescribe como frontera entre el adentro y el afuera, como un límite a lo largo del cual corre una división, una separación, una discontinuidad que es al mismo tiempo también línea de *con-tacto*, ya que un *límite nunca solo separa, sino que también une*.

Nancy aclara, por otra parte, que la llegada del extranjero no permanece confinada a la existencia corporal individual: una vez que se cuestionan las categorías de identidad y extrañeza, el encuentro con la otredad, precisamente porque está impregnado de ambivalencia y heterogeneidad, debe ser capaz de abarcar una reflexión que aborde el tránsito de un yo en contacto con la comunidad, de un sujeto expuesto al mundo, de una historia personal orientada hacia la historia colectiva, porque, antes que nada, la “experiencia singular (el «mi» cuerpo) es hacia la plural/relacional (el cuerpo de la colectividad)”<sup>24</sup>.

Incluso nuestro propio cuerpo, como señala Nancy, aquel que consideramos íntimamente nuestro, el “mi” cuerpo, se revela como una entidad extranjera. Esta extranjería no se manifiesta únicamente en relación con los otros, con el mundo exterior, sino que también se dirige hacia sí mismo. Un cuerpo, en su exposición al mundo, se distancia de sí, se vuelve ajeno, como si en ese proceso de mostrarse al exterior, el cuerpo perdiera su familiaridad y adquiriera un carácter extraño, incluso para su propio ser. Este proceso de extrañamiento no solo afecta la relación del cuerpo con el entorno, sino que también transforma la relación interna del individuo con su propia corporeidad. El cuerpo se convierte así en un repliegue de sí mismo, en un espacio donde el “yo” se enfrenta a su alteridad, exponiéndose al mundo como algo que ya no es solo una superficie hacia el exterior, sino que es también una exterioridad en sí mismo, un “afuera” que existe tanto dentro como fuera de nosotros. En esta compleja dinámica, el cuerpo se convierte en un extraño para los demás y, más significativamente, para aquel otro en el que nos transformamos a través de él. Y si, por un lado, la existencia se configura como exposición corporal, el pensamiento, por otro lado, debe necesariamente abarcar la experiencia de un cuerpo “que reconduce a sí mismo solo exponiéndose al mundo”, de un cuerpo que *toca* a otros cuerpos, los cuales, a su vez, se relacionan entre sí. A este pensamiento, inscrito en la corporeidad expuesta al mundo, corresponde la desnudez de una existencia constantemente permeada por una constitutiva vulnerabilidad. El cuerpo es la piel vuelta hacia el exterior, hacia el mundo al que se expone, a ese mundo tejido por la contingencia de cuerpos. Nancy sostiene que el cuerpo no es simplemente un objeto más entre otros, sino que se define plenamente en su “puesta en escena”, es decir, en su capacidad de presentarse y hacerse visible en la superficie de la exposición. El cuerpo es intrínsecamente una manifestación abierta, un “partir de sí hacia sí”, lo que significa que se despliega y se revela continuamente, siempre en un

<sup>22</sup> U. Curi, *Straniero*, op. cit., p. 12 y ss.; del mismo autor, véase: “Introducción”, in U. Curi, B. Giacomini (eds.), *Xenos. Filosofia dello straniero*, Paradosso, Padua, Il Poligrafo, 2002, pp. 11-48; *Pensare la guerra. L'Europa e il destino della politica*, Bari, Dedalo, 1999. Véase además B. Giacomini, *Philoxenos*, Génova, il melangolo, 2019. Sobre la figura del extranjero, también en referencia a la contemporaneidad, me limito a señalar: M. Cacciari, *Stranieri in patria*, in A. Folini (ed.), *Hospes. Il volto dello straniero da Leopardi a Jàbes*, Padua, Marsilio, 2003; M.-C. Caloz-Tschopp, *Les étrangers aux frontières de l'Europe et le spectre des camps*, Paris, La Dispute, 2004; D. Di Cesare, *Stranieri residenti. Una filosofia della migrazione*, Turin, Bollati Boringhieri, 2017; J. Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*, trad. esp. de X. de Ros y A. Míguez, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1991; T. Nail, *The Figure of the Migrant*, Stanford, Stanford University Press, 2015. Desde un punto de vista fenomenológico y sociológico: V. Cotesta, *Sociologia dello straniero*, Roma, Carocci, 2012; L. Perrone, *Da straniero a clandestino. Lo straniero nel pensiero sociologico occidentale*, Nápoles, Liguori, 2005; A. Schütz, *El extranjero: un ensayo en psicología social*, trad. esp. de G. Key, Buenos Aires, Amorrortu, 1974; G. Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, trad. esp. de J. M. Valverde, Barcelona, Península, 1986; M. Theunissen, *El otro. Estudios de ontología social del presente*, trad. esp. de C. Holzapfel, Madrid, Editorial Trotta, 2004; B. Waldenfels, *Fenomenología de lo extraño*, trad. esp. de R. Walton, México D.F., Universidad Iberoamericana, 2011. En términos más generales, sobre el motivo de lo extraño, a partir de Schmitt, Freud, Heidegger y Levinas, remito a C. Restá, *L'Estraneo. Ostilità e ospitalità nel pensiero del Novecento*, Génova, il Melangolo, 2008. Sobre la temática del extranjero y la hospitalidad, son, en definitiva, fundamentales los estudios de J. Derrida; véanse en particular: *Políticas de la amistad*, trad. esp. de H. Pons, Madrid, Editorial Trotta, 1998; J. Derrida — A. Dufourmantelle, *De la hospitalidad*, trad. esp. de C. González Marín, Madrid, Editorial Trotta, 2000; J. Derrida, *La universidad sin condición*, trad. esp. de C. de Peiretti, Madrid, Editorial Trotta, 2001.

<sup>23</sup> F. R. Luciani, *Il corpo pensato*, op. cit., p. 21.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 81.

movimiento de auto-referencia y auto-apertura. Así, el cuerpo no es únicamente un ente físico, sino que es esencialmente “expuesto”, es decir, está constantemente en un estado de exposición: “Sera sí-mismo, y no ser sí-mismo, es la condición de ser de la existencia, en cuanto exposición”<sup>25</sup>.

Cuerpo, que simbólicamente es un *corpus* – en latín el término no en vano expresa “el conjunto de las formas expresivas de una obra”, pero también “el objeto de la propia obra”<sup>26</sup> –, y que representa, ante todo, el *teatro* de una existencia que, como precisa Recchia Luciani, “habita la escena mundana en la forma que le es propia”<sup>27</sup>, como “apertura al mundo” y “apertura de un mundo”, en cuanto “lugar físico distinto, punto espacial que experimenta, en su propia separación respecto a los otros cuerpos, su propia naturaleza «singular plural»”<sup>28</sup>. Al entrar en contacto con los demás, comenzamos a otorgarnos significado mutuamente, teniendo siempre presente que entre un singular y otro existe contigüidad, pero nunca continuidad. El *toque* (o contacto) entre dos existencias singulares es, antes que nada, una reafirmación de su irreductible heterogeneidad y separación; esto se debe a que, en el instante del contacto, siempre confluyen dos orígenes, dos sentidos, uno extranjero y ajeno al otro<sup>29</sup>.

Si “el ser no es común en el sentido de una propiedad común, sino que es en común”<sup>30</sup>, y dado que solo puede realizarse en la relación *de unos con otros*, es decir, en ese ámbito del “*con*” que surge de una *co-existencia* singularmente plural, también es cierto que esta última necesita repensar, hoy más que nunca, sus propios límites, los márgenes que separan lo íntimo de lo extraño, sin ocultar el impacto intrusivo ni el valor salvífico del extranjero.

Cada cuerpo es y seguirá siendo, como señala Nancy, un cuerpo extraño, ajeno a sí mismo y a los otros cuerpos, marcado por su diversidad y unicidad, porque el ser extranjero es inherente a su corporeidad<sup>31</sup>. Si se atiende debidamente, el mensaje de Nancy establece, para concluir, las condiciones reales para una corporeidad verdaderamente “pensada” y “pensante”<sup>32</sup>, dado que lo que es, su senti-

do<sup>33</sup> está siempre relacionado con una experiencia que nunca es individualista, sino esencialmente singular-plural<sup>34</sup>.

Nancy concibe la existencia humana auténtica únicamente como el escenario de *co-existencias* de cuerpos que entran en relación: donde el yo mismo es, ante todo, *singular-plural, interno-externo, mío-tuyo*; y donde el cuerpo, “*el ser en común de la existencia*”, ya no se percibe como una posesión monolítica y cerrada, sino más bien como un límite violable, *expuesto al afuera*, que comunica e interactúa aproximándose desde el borde de su propia piel, tocando y siendo tocado en ese libre *experiri* “que es un salir sin saber si habrá retorno”<sup>35</sup>.

La única verdadera ontología es, según Nancy, la del *nosotros*, o más precisamente, la *ontología de los cuerpos en plural, de los cuerpos en-común*:

Los cuerpos son primeramente y siempre otros – al igual que los otros son primeramente y siempre cuerpos. [...] Y así hasta el punto en que se vuelve claro que “otro”, “prójimo” no son siquiera las palabras justas, sino solamente «cuerpos». El mundo en el cual yo nazco, muero, existo, no es el mundo «de los otros», puesto que igualmente es el «mío». Es el mundo de los cuerpos. El mundo de fuera. El mundo de los afueras. El mundo manga por hombro, patas arriba. El mundo de la contraposición. El mundo del desencuentro. Un desencuentro inmenso, interminable: cada cuerpo, cada masa extraída como muestra de un cuerpo es inmensa, es decir sin medida, infinita en recorrer, en tocar, sopesar, mirar, en dejarse colocar, radiar, inyectar, en dejarse pesar, en sostener, en resistir, en sostener<sup>36</sup>.

El cuerpo se convierte entonces en el lugar privilegiado de compresencias indisolubles, de una *materia y psique* íntimamente unidas, de un espacio compartido en el que se “pertenecen separándose”, en su “mutuo tocarse”: afectividad y sexualidad, soledad y convivencia, vulnerabilidad y fortaleza. En el *cuerpo pensado* que anima la filosofía de Nancy, el cuerpo representa, por lo tanto, un cruce de *sentidos*, en su irreductible dualidad y apertura al *con-ser* de otras identidades y existencias *extrañas*.

<sup>25</sup> J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, trad. esp. de R. Ramos Font, Madrid, Arena Libros, 2001, p. 154; Cf. J.-L. Nancy, *Corpus, op. cit.*, en particular el primer capítulo, pp. 11-19; J.-L. Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*, trad. esp. de D. Álvaro, Buenos Aires, Editorial La Cebra, 2011, pp. 13-35. Véase también: M. Voza, *A fior di pelle. Jean-Luc Nancy e la filosofia del corpo*, Turin, Ananke, 2009.

<sup>26</sup> F. R. Luciani, *Il corpo pensato, op. cit.*, p. 13.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 45; cf. J.-L. Nancy, *Cuerpo-teatro*, trad. esp. de E. Lynch, Buenos Aires-Madrid, Amorrortu editores, 2009.

<sup>28</sup> F. R. Recchia Luciani, *Il corpo pensato, op. cit.*, pp. 12 e 13; cf. J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, trad. esp. de C. Fernández, Madrid, Arena Libros, 2006, donde el filósofo explica cómo lo singular se define y se forma solo en lo plural: la palabra relación es el pilar fundamental de este pensamiento.

<sup>29</sup> Sobre este tema de la filosofía de Nancy, cf. J. Derrida, *Tocar, a Jean-Luc Nancy*, trad. esp. de H. Pons, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2006.

<sup>30</sup> J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, op. cit., p. 151: en este texto, Nancy explora la idea de que la existencia y la comunidad solo se realizan en la medida en que son compartidas y divididas entre los individuos, lo que implica una coexistencia singular-plural.

<sup>31</sup> Cf. J.-L. Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma, op. cit.*, pp. 9-12.

<sup>32</sup> Para retomar una vez más la interpretación de Recchia Luciani, *Il corpo pensato, op. cit.*

<sup>33</sup> Cf. J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada, op. cit.*, en particular el capítulo *Del ser-en-común* y las pp. 165-174.

<sup>34</sup> “El cuerpo, de hecho, no es una subjetividad encarnada, sino más bien un lugar físico distinto, un punto espacial que experimenta, en su propia separación respecto a los otros cuerpos, su propia naturaleza «singular plural»” (F. R. Recchia Luciani, *Il corpo pensato, op. cit.*, p. 13).

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 142.

<sup>36</sup> J.-L. Nancy, *Corpus, op. cit.*, p. 26.